

EL TIEMPO EN LA POESÍA DE BORGES

ELOY BENITO RUANO

«Nadie rebaje a cifra centenaria» la ocasión conmemorativa del nacimiento de Borges (1999). Es la vivencia de una devoción lectora con óptica histórica la que propicia esta especie de reflexión condicionada sobre sus versos.

Sólo sobre los versos reunidos hasta 1977 (*Obra poética, 1923-1977*, Madrid, Alianza Editorial).

Porque si hubiéramos de perseguir ese tiempo a lo largo de toda la obra borgiana y hasta la fecha de su muerte (1986) habríamos de enfrentarnos con su prosa (torrencial) y con la figura de *el Otro*, esa alteridad, imaginario espejo del que permanentemente se sintió acompañado el autor, incluso en su ceguera. Y seguirle por Buenos Aires, Madrid, París, Londres, Ginebra...

Nuestro objetivo es, pues, solamente un espiguelo por su obra poética, no una cosecha exhaustiva sistematizable en *Teoría del Tiempo en Borges*. Simple detección, pero elocuente, de leves percepciones, imprecisas nociones que, sin embargo, a veces cristalizan en definiciones rotundas, fórmulas en las que cuaja la vibración poética de su experimentación por el autor.

Uno y otro fenómenos confluyen, por ejemplo, en la nominación del Tiempo como «materia deleznable», parcialmente homogénea de la del propio *yo*, «que soy tiempo y sangre y agonía». Identificables por tanto, hombre y tiempo, con la materia más adecuada para la medida del segundo: «incansable hilo sutil / de arena numerosa»:

Tu materia es el tiempo, el incesante
tiempo. Eres cada solitario instante,
sustancia suave y pesada
que parece que ha sido imaginada
para medir el tiempo de los muertos.

«Furtiva sustancia», «misterioso tiempo», vienen a ser sinónimos que lo mismo se corporeízan en realidad humana —el *yo*— que apenas se transparentan en «el espejo espectral que es la memoria». Sutileza sólo perceptible en una cuarta dimensión bajo la especie de la música, «la más dócil de las formas del tiempo».

Otras veces, para el poeta «el tiempo es otro río», un río heraclitiano «hecho de tiempo y agua», con el que el autor vuelve a identificarse:

El río me arrebató y (yo) soy ese río.

O bien se contradice, como vemos al sintetizar el yo y el otro; el ser y su materia; la memoria y el olvido. Términos que se entrecruzan y compatibilizan en la más pura y variable calidad del autoasentimiento.

* * *

Centrados en nuestro campo, aprenderemos que la Historia «que fue o que fue soñada» (es indiferente su naturaleza) «sobre nosotros crece atroz», por lo que

la carga secular de los ayeres
me abrumba, personal como una culpa.

Una Historia que igualmente puede revelársenos a un mismo tiempo (nueva contradicción) fresca y tierna, que ajada violeta perdida entre las páginas de un viejo libro,

monumento de una tarde
sin duda inolvidable y ya olvidada;

o bien —tercera contradicción—, aunque pétreo, deshojada (la Historia) en «cada solitario instante». De estos instantes,

—el presente no es otra cosa
que una partícula fugaz del pasado—,

que nos componen, aunque «estamos hechos de olvido».

He aquí, también una vez más, el olvido. O su equivalente, la sombra, reiterada afirmación de una negación dramáticamente experimentada por Borges —la ceguera—, expresa en el estremecedor y famoso *Poema de los dones*:

Nadie rebaje a lágrima o reproche
esta declaración de la maestría

de Dios, que con magnífica ironía
me dio a la vez los libros y la noche.

Olvido, sombra, noche: Nada,

ese otro nombre
del insaciable tiempo que nos roe.

* * *

Y para final, la constancia de una innegada solera quevedesca que se revela evidente en el sentimiento borgiano del tiempo.

Remitámonos a las páginas de *Medievalismo*, 3 (1993), 233-236: *Con Quevedo. El tiempo histórico*. Todo está en aquellos versos:

Ayer se fue, mañana no ha llegado,
hoy se está yendo sin parar un punto,
soy un *fue* y un *será* y un *es* cansado.

Tema y forma del clásico que reviven y se repiten en reiteradas estrofas entre sí, de motivo y espacio en las que el poeta se pregunta

¿qué trama es ésta
del *será*, el *es* y el *fue*?

Y se responde:

No hay otro tiempo que el *ahora*, este ápice
del *ya será* y del *fue*.

Tres facetas susceptibles de ser captadas simultáneamente desde

un mágico
cristal que a un tiempo encierra las tres caras
del tiempo que es *después*, *antes*, *ahora*.

¿No es ésta una versión exacta del *Aleph*? Ese punto desde el que se contemplan incluso los hechos históricos que

pudieron no haber sido.
Casi no fueron. Los imaginamos
en un fatal ayer inevitable.
No hay otro tiempo que *el ahora*, este ápice
del *ya ser*

actual, el instante «en que la gota cae en la clepsidra».

Clepsidra medidora del efímero tiempo humano, gota final o último grano de arena que el poeta, «morador de un mágico y desierto / orbe sin *antes ni después ni cuándo*» desea conocer:

La curiosa experiencia de la muerte.
Quiero beber su cristalino olvido,
ser para siempre; pero no haber sido.

Una sintética visión de la vida y la Historia la constituye finalmente el soneto *James Joyce* fechado en Cambridge en 1968:

En un día del hombre están los días
del tiempo, desde aquel inconcebible
día inicial del tiempo, en que un terrible
Dios prefijó los días y agonías,

hasta aquel otro en que el ubicuo río
del tiempo terrenal torne a su fuente,
que es lo Eterno, y se apague en el presente,
el futuro, el ayer, lo que ahora es mío.

Entre el alba y la noche está la Historia
Universal. Desde la noche veo
a mis pies los caminos del hebreo,

Cartago aniquilada, Infierno y Gloria.
Dame, Señor, coraje y alegría
para escalar la cumbre de este día.

Cumbre alcanzada por Borges el 14 de junio de 1986.

TRES POEMAS «METAFÍSICOS»

E. BENITO RUANO

Fruto de una meditación que, al tratar de ser formulada, cristaliza impremeditadamente en forma de poema. Poema que sólo puede ser leído mediante la pausada imaginación —creación personal de imagen— de cada verso. (Si es que ese esfuerzo le merece la pena al hipotético lector).

No son, pues, estas breves líneas en columna producto de un propósito literario, sino fruto de un esfuerzo por formular la noción de unas abstracciones conformantes de la Historia.

TIEMPO

Tiempo.
Vacío.
Tiempo vacío.
Capacidad inmensa.
Esencia
sin existencia:
Realidad de la nada.

Pero en ti todo existe.
Nada escapa al contorno
informe, ilimitado,
de tu ser, el Ser mismo,
antes de ser creado.

En ti la Historia.
De ella tú la sustancia
y ella tu simple adensamiento
amorfo, indefinido,
sólo muy tarde
—¿tarde?— moldeado.

Eternidad inmensurable,
 hálito vacuo
 ¿de Quién, por qué? Sin cuándo.

Ser es ser percibido
 (*Esse percipi*), pero,
 ¿cómo te objetivaste,
 perceptor de ti mismo,
 y empezaste?

ESPACIO

Coordenada del Tiempo y viceversa.
 Ubicación abstracta y universal.

Otro vacío como el Tiempo mismo
 es el cuenco sin bordes de tu abismo.

Tu pandimensional ámbito, junto
 —superficie, volumen, línea, punto—,

aduna en cardinales trayectorias
 los vectores del Tiempo: allí la Historia.

FORMA (Artística)

Estructura en el Tiempo del Espacio.
 Realización del Ser, espacio articulado.
 Selectas dimensiones concretadas
 en el color, el pneuma, la figura.

Para ti los sentidos son creados:
 oído, vista, tacto;
 con el gusto, el aroma,
 plenitud de belleza:
 Así la Forma.